

## MISA CELEBRADA CON LA COMUNIDAD CUBANA EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

*Catedral de San José, Costa Rica, 28 de octubre del 2001*

Queridos hermanos y hermanas:

Invitado por el Instituto Interamericano de Derechos Humanos he tenido la oportunidad de viajar por primera vez a Costa Rica, a donde el querido hermano y amigo Arzobispo de San José, Mons. Román Arrieta Villalobos, me había invitado a venir desde mucho tiempo atrás. Agradezco al hermano obispo su invitación de entonces y de ahora y la oportunidad de celebrar la Eucaristía en la Catedral de su Arquidiócesis.

Es una ocasión privilegiada para expresar mi gratitud a Costa Rica y a la Iglesia costarricense por la acogida que han brindado y brindan a tantos hermanos cubanos que han sido recibidos aquí con la tradicional hospitalidad que caracteriza a este hermoso país.

Mons. Arrieta y yo hemos trabajado juntos en el CELAM y me consta su preocupación y sus esfuerzos por ayudar a cuantos, no solo de Cuba, sino de otros países centroamericanos han llegado a estas tierras. Gracias, Excelencia, pues el emigrado, católico o no, debe sentir que la Iglesia es una patria grande que puede cobijarlos y apoyarlos, pues el amor cristiano no tiene fronteras.

El mensaje de este domingo se refiere precisamente a esas categorías de seres humanos que llamamos hoy marginados, refugiados, desposeídos y que el Antiguo y el Nuevo Testamento engloban en una sola palabra que tiene hoy tanta vigencia: el pobre.

En el Salmo responsorial repetíamos que *«Si el afligido invoca al Señor, él lo escucha»*. Era el eco confiado del libro del Eclesiástico, que insiste en asegurar al oprimido que sus súplicas llegan a Dios.

Cuando sentimos el peso de la vida o de los acontecimientos, sea de orden social, político o económico que nos oprimen, puede endurecerse el corazón. Si la humanidad, o una parte de ella, es despiadada con nosotros podemos sentir la tentación de considerar que en Dios pueden darse hacia nosotros sentimientos similares. El autor del Eclesiástico nos sale al paso diciéndonos: Dios no es parcial contra el pobre, no desoye sus gritos.

Pero ¿cuál es nuestra postura ante Dios cuando oramos, cuando confrontamos nuestra vida con Él? En la lectura evangélica, Jesús ilustra con una parábola las dos actitudes fundamentales del hombre con respecto a Dios (y también con respecto al prójimo).

El fariseo está de pie, se considera bueno y mira con desdén al publicano, a quien juzga inferior. El fariseo pone su seguridad en sí mismo, piensa que hace las cosas como se debe y es suficiente y arrogante. No pide nada en su oración, cree dar gracias a Dios, pero, en realidad, se da gracias a sí mismo por lo bueno que es.

Este hombre está cerrado a Dios y a su prójimo. El publicano, en cambio, está inclinado, pide perdón, se siente indigno y pobre. Esos dos modos de ser los presenta Jesús de distintas maneras en su Evangelio. En la parábola del Buen Samaritano están los que pasan de largo dejando medio muerto a un hombre al borde del camino, y el que se baja de su cabalgadura y lo atiende; en forma sapiencial, Jesús consagró su enseñanza en una sentencia de extraordinario valor humano: *«quien ama su vida, la pierde, quien la entrega, la gana para siempre»*.

Si recorremos el Evangelio de Jesús, se reduce la tipología del ser humano a dos clases de personas: quien vive para sí, encerrado en sí mismo, que considera el mundo y a los otros a partir de

su persona, de su provecho; y quien vive para los demás, abierto a los otros, buscando el bien común.

Jesucristo es, por excelencia, el hombre-para-los-demás y ser su seguidor consiste en aceptar un solo género de vida, que lleva en sí el olvido de nosotros mismos: «*quien quiera ser mi discípulo que tome su Cruz y me siga*». Para esto debemos tener un alma de pobre, estar desasidos, abiertos a lo imprevisto, no considerarnos importantes, ni como personas, ni como familia, ni como grupo humano, ni como nación. Este es el publicano de la parábola de Jesús; el que no levantaba los ojos y con la cabeza inclinada se sentía pecador. Este hombre vivía en la verdad porque eso somos nosotros, pobres pecadores. No tenía tiempo el publicano más que para arrepentirse, no estaba mirando a los otros. El fariseo de la parábola vive en la mentira que él puede creerse a sí mismo. De un modo u otro está en él la hipocresía.

Cree rezar, pero no reza, cree que todo va bien y todo en él es torcido. El publicano, que casi no se atreve a rezar, es escuchado.

La Palabra de Dios nos invita hoy a situarnos en la verdad sobre nosotros mismos: somos pobres pecadores, necesitados de misericordia. Todo lo que tenemos de bueno es don de Dios, lo que hay de malo en nosotros lo hemos puesto nosotros mismos. Es con eso que tenemos que presentarnos ante Dios para pedir perdón y volveremos a nuestra casa transformados.

Vivir en la verdad sobre nuestra condición, sobre nuestros límites y dificultades puede resultar costoso, pero es liberador. El mismo Jesús nos dice que la verdad nos hará libres.

Santa Teresa de Jesús definía muy simplemente la sencillez, la pobreza de corazón, diciendo que la humildad es la verdad.

Y mientras que la exaltación propia, que es la mentira, nos prepara siempre una humillación para algún momento posterior, nuestra actitud humilde ante Dios y los hermanos se ve recompensada, tarde o temprano, por una satisfacción interior que acrece el gozo en nuestros corazones. Y es lo que Jesús resume, a modo de sentencia, en el pasaje evangélico proclamado hoy: «*todo el que se enaltece, será humillado y todo el que se humilla, será enaltecido*».

Así lo siente San Pablo, de cara al encuentro definitivo con el Señor, que él prevé inminente en su prisión. Él ha sufrido vejaciones y persecución, humillándose por Cristo, y ahora le aguarda la corona merecida: «*el Señor me salvará y me llevará a su reino del cielo*», dice el Apóstol.

Nos sugiere el mensaje de este domingo que acojamos el único estilo de vida que cuadra a un discípulo de Jesús: el de estar abierto a los otros y no plenamente satisfechos con nosotros mismos, como quien no vive para sí, sino para los demás, no reservándose la vida, sino entregándola. Hay un doble camino que se abre ante mí: uno que parte de mí, hace un lazo y retorna a mí mismo, y otro que, saliendo de mí, va hacia los otros y termina en Dios. Debemos optar por este último.

La experiencia cotidiana nos muestra las dificultades, tristezas y crisis de todo orden que nos trae el falso camino de una vida centrada en sí mismo. Esto se ha sufrido en tantos hogares rotos o donde se vive en tensión. Cuando alguien en el seno de la familia quiere que todo gire a su alrededor, en torno a sus deseos o a sus caprichos, la vida de los otros se hace intolerable; justamente lo contrario sucede si alguien piensa ante todo en los demás: la vida de los que le rodean será siempre agradable.

La filosofía del logro personal, que en las escuelas de psicología occidentales, sobre todo norteamericanas, se expresa en la palabra «*realización*», contiene generalmente la versión moderna de una vida centrada en sí mismo, en la llamada realización personal, que tiene como meta el éxito.

Casi siempre, una persona realizada es la que hace lo que le gusta, tiene lo que quiere y se siente satisfecha. Este es un ganador (a winner). El que no alcanza a vivir según esos parámetros de realización es un perdedor (a loser).

Así puede considerarse un hombre bien o mal logrado en un medio individualista neoliberal. El fariseo de la parábola sería el ganador, el publicano el perdedor.

En un medio colectivista, la filosofía de la vida es diversa: el proyecto individual está muy disminuido a favor del proyecto social. El bien del hombre está en encajar plenamente en el proyecto común, sacrificando a él su proyecto personal. Este es el hombre bueno en la sociedad, el fariseo; el otro, el que no entra en esa dirección, el que no encaja, no es bueno, es el publicano. Ninguno de estos modelos es válido según el evangelio. Jesús quiere un humano bien logrado en su vida personal; pero el bien propio no está en tener o hacer lo que se desea. «*¿De qué vale al hombre ganar el mundo entero si malogra su vida?*» El hombre y la mujer han nacido ciertamente para una realización –y aquí podemos tomar prestada la palabra–, pero esta se alcanza en la entrega. Entrega es el amor de los esposos en su vida matrimonial; se entregan después ambos como padre y madre a los hijos. Entrega su vida el sacerdote o la persona consagrada a Dios y alcanza la felicidad en el don de sí mismo.

Hay un logro, una realización auténtica en llegar a ser plenamente sí mismo entregándose libre y personalmente a los demás. Lo personal no queda así anulado en un proyecto social que no deja espacio a mi propio proyecto, ni mis planes y deseos convertidos en metas se alcanzarán viviendo desentendidamente, solo preocupado por el éxito.

El proyecto cristiano, queridos hermanos y hermanas, es contrastante y no se aviene plenamente a los que nos presentan las filosofías e ideologías del mundo.

El hombre cristiano no se identifica totalmente ni con el fariseo ni con el publicano. Lo cristiano lo define, en último término, mi actitud hacia el prójimo: lo dice enfáticamente el evangelista San Juan: «*Quien no ama a su prójimo a quien ve, no ama a Dios a quien no ve*».

El fariseo mira hacia el prójimo, pero con suficiencia y desprecio. El publicano ni se atrevió a levantar la vista, quizá sentía miedo del fariseo, o prefirió sumergirse en Dios e ignorarlo.

Ninguno de los dos fue capaz de mirarse con amor, todavía seguían siendo fariseo y publicano, no eran cristianos. Faltaba entre ellos la solidaridad, cuando cada uno se reconoce como es y tiende una mano a su hermano.

A esto los exhorto, queridos hermanos y hermanas, especialmente a mis compatriotas que están aquí, sean solidarios unos con otros, entre los cubanos todos y con los costarricenses que les han abierto las puertas de su casa. No esté cada uno en su puesto, uno con la cabeza erguida y el otro con la cabeza inclinada, concretados cada uno en sus propios logros o problemas, formen todos una comunidad de amor donde se viva y se sienta la solidaridad.

Ese es mi deseo y mi súplica al visitarlos y tener la ocasión de partir para ustedes el pan eucarístico que nos hace a todos uno en Cristo. Que Él los colme de su gracia y que la Virgen de la Caridad Nuestra Madre nos haga a todos hermanos, a quienes vivimos en Cuba, a los que están aquí o dispersos por el mundo.

Así sea.